

# Prólogo

por Inés Izaguirre<sup>1</sup>

“Cuenta el Coronel Summers que en abril de 1975, sostuvo conversaciones con líderes norvietnamitas a quienes dijo: *Uds. Saben que nunca podrán vencernos en batalla*. La respuesta de la contraparte fue: *Puede ser, pero eso es absolutamente irrelevante*”<sup>2</sup>

Sumergirme en la lectura de este libro ha sido una experiencia fascinante. Hace muchos años que me dedico al análisis del Conflicto Social, a investigar conflictos sociales concretos. Mis incursiones necesarias por la teoría me remitieron siempre a las teorías clásicas sobre la lucha de clases y sus desarrollos, sus momentos. Desde el reclamo más o menos institucionalizado, pasando por los diversos grados de lucha política e ideológica, hasta llegar a los estadios donde la fuerza material se hace visible: la lucha armada, la guerra. En síntesis, la problemática no me es ajena.

Nadie discutiría que la confrontación —la contrastación— es una operación lógica necesaria en el campo de la ciencia, y de la vida. Pero no es tan cierto que no se produzcan rispideces ideológicas en el mundo académico cuando alguien señala que la sociedad misma, en sus diversos espacios, grupos, clases, sectores, está en permanente confrontación. La masa de ciudadanos adocenados, normalizados en el discurso del orden y la seguridad, entre los que se cuentan también gran parte de los profesionales en ciencias sociales, tiende a escindir ambos campos, negando la existencia de confrontaciones permanentes.

Claro que la sola experiencia de vida que estamos teniendo los humanos en el mundo contemporáneo nos obliga todos los días a reflexionar sobre el tema. Con una diferencia: la guerra siempre es algo que está lejos, que le ocurre a otros,<sup>3</sup> es un proceso que ha sido sistemáticamente negado y sustituido por otros nombres, más jurídicos, más aceptados en el campo del derecho, o sea del orden internacional y nacional, como “terrorismo de estado”, terminología que se ha adoptado —en el caso de las guerras contra-insurgentes— desde la perspectiva de los derechos humanos, y que se usa cuando una de las partes en pugna han sido las agencias estatales o paraestatales. La guerra se sigue pensando con mirada napoleónica —de comienzos del siglo XIX— y más atrás aún: se imagina el campo de batalla, el general observando con sus prismáticos desde las alturas cómo se mueven los batallones.<sup>4</sup> El “frente” nunca es imaginado en la ciudad, sino en las afueras. Y sin embargo, ya en la época de Napoleón esta situación había comenzado

---

<sup>1</sup> Socióloga, directora del Proyecto “El genocidio en la Argentina”, IIGG, FCS, UBA.

<sup>2</sup> Harry Summers *On Strategy: a Critical Analysis of the Vietnam War*, tomado de Mariano Bartolomé *El desafío de los conflictos intraestatales asimétricos en la post-guerra fría*, en Revista Argentina Global n° 4, enero-marzo de 2001.

<sup>3</sup> A lo largo de mi historia de investigadora, tanto la mía como la de mi grupo de trabajo, al que pertenecen dos de los principales autores de esta compilación —Pablo Bonavena y Flabián Nievas— hemos tenido numerosas confrontaciones académicas, políticas, y de ambos tipos, tratando de mostrar que, por lo menos desde 1955, las fuerzas sociales en Argentina se han movido con una estrategia de guerra civil, que fue la forma que adoptó la lucha de clases.

<sup>4</sup> La representación de los combates es aproximadamente como la de “La marcha de San Lorenzo”.

a modificarse. Él mismo se vio enfrentado a situaciones no esperadas, a perder batallas frente a ejércitos o en territorios no similares al propio, frente a grupos partisanos, a poblaciones en resistencia —en Rusia, en España— tal como lo recuerda Clausewitz. Ni qué decir de la enorme cantidad de nuevos problemas que fue necesario pensar cuando ya en el siglo XX comienza la era de las revoluciones anticapitalistas.

Cuando hace más de una década escribí sobre este tema para explicar el proceso de lucha armada librado en Argentina en la década del 70 entre los grupos revolucionarios y otras fuerzas sociales y políticas,<sup>5</sup> tenía yo en mi haber la lectura de los clásicos, y las reflexiones de Lito Marín y las mías propias respecto de la investigación de los hechos armados de Argentina. Era conciente del fuerte rechazo que producía en el ámbito de los organismos de derechos humanos la sola mención de la palabra *guerra*, considerada como una autojustificación de los militares por el genocidio realizado. No voy a detenerme aquí a revisar las largas, interminables discusiones que hemos sostenido desde entonces, junto con varios de los autores de los trabajos reunidos en este libro,<sup>6</sup> con oponentes ocasionales o permanentes, ya que creo que nuestra sociedad ha avanzado en la toma de conciencia de ese proceso, y que nosotros hemos tenido en parte que ver con ese cambio.

La noción misma de guerra genera siempre un profundo rechazo ideológico que atraviesa toda la sociedad. Las clases dominantes niegan la guerra, pero la hacen. Y la hacen en nombre de valores universales: la paz, la libertad, la dignidad, la democracia, el bienestar humano ó la defensa de la ley. Se trata de un rechazo en el plano teórico y emocional, en el plano del conocimiento y del abordaje de los hechos, y de los hechos mismos. Cuando comencé a leer este libro, no tenía la menor idea de la densidad de la problemática que expone. Debo reconocer que encontrarme con tal cúmulo de reflexiones y de autores —especialmente militares, pero también civiles— que son citados y discutidos por los autores del libro me ha sorprendido. En rigor de verdad es una sorpresa inconsistente, ya que la guerra es un hecho social, y como tal renueva sus formas, aparentes y sustantivas, tanto como el resto de la sociedad. Y por lo tanto también se producen nuevas reflexiones de quienes observan o participan de esos cambios. Mi sorpresa deviene de que esos textos no circulan en los ámbitos académicos, y en ese sentido este libro constituye un aporte valioso. Pese al riesgo del mundo que se está configurando, los científicos sociales no hablan de estas cosas más allá del sentido común.

“La guerra se ha desarrollado antes que la paz”,<sup>7</sup> afirma Marx en un texto merecidamente famoso. Siempre es la resultante de la disputa por el dominio de un territorio, simbólico o real. Y a partir de los sentimientos hostiles que desata y que son particularmente estimulados por quienes la dirigen, y de los padecimientos que produce entre quienes la viven con sus cuerpos, el ingenio humano desarrolla una cantidad de conocimientos para paliar o prevenir sus consecuencias, para mejorar su eficacia mortífera pero también para el desarrollo de la vida, de la ciencia, de la producción y de los “ne-

---

<sup>5</sup> Inés Izaguirre: “Pensar la guerra. Obstáculos para la reflexión de los enfrentamientos en la Argentina de los 70” en Irma Antognazzi y Rosa Ferrer (compiladoras) *Del Rosariaz a la democracia del 83*, Rosario, UNR, 1995.

<sup>6</sup> Los cuatro autores son hoy docentes de la Facultad de Ciencias Sociales, y casi todos fueron secuencialmente estudiantes y asistentes de investigación. Hoy son además investigadores, pero sobre todo amigos y compañeros de trabajo y de reflexión.

<sup>7</sup> Karl Marx: “Introducción general a la crítica de la economía política”, conocido también como “El método de la economía política”, en *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política (Borrador) 1857-1858 (Grundrisse)*, tomo I, pág. 30.

gocios”. Las relaciones y las fuerzas sociales fundamentales del capitalismo se hacen nítidas en situación de guerra.

Voy a referirme a algunos de los conceptos desarrollados en el libro que me parecen más ricos, que a su vez sintetizan núcleos conceptuales de la literatura revisada. Uno de tales conceptos es el de *asimetría*, desarrollado particularmente por Pablo Bonavena, que según el pensamiento militar contemporáneo, particularmente norteamericano, pero también trabajado en la Escuela de Defensa Nacional (Argentina)<sup>8</sup> caracterizaría a las guerras contemporáneas. Tal como el término lo denota, se trata de las diferencias, de la no igualdad entre los ejércitos que confrontan, en sus diversas dimensiones: número de efectivos, armamento, conocimiento del otro y conocimiento de la teoría y del tipo de guerra emprendida, tiempo y espacio en que se desarrolla, entrenamiento, concepciones culturales y religiosas, estrategia y tácticas estudiadas y empleadas, los aliados de cada bando, la estructura organizativa y técnica, etc. El núcleo de la preocupación es político porque la guerra es un hecho político: así como las teorías clásicas de la guerra hablan de la realidad predominante en las etapas históricas que analizan —la guerra entre estados— desde que se inician las revoluciones anticapitalistas la guerra debió pensarse al interior de los estados: guerras revolucionarias o insurgentes, guerras de liberación, guerra de guerrillas. En estos casos la *asimetría* de las fuerzas es claramente visible, porque ejércitos estatales bien pertrechados y entrenados confrontan con ejércitos donde el núcleo militarizado es pequeño, con una convicción moral absoluta de su derecho a defenderse, dispuestos a morir en cualquier momento causándole daño severo al enemigo, apoyados por una masa aliada de población civil que realiza una tarea permanente de inteligencia, de información y de logística.<sup>9</sup>

De allí que *la población civil* se haya transformado en un objetivo estratégico a destruir, a aislar o a conquistar, situación que en realidad se objetivó con claridad a partir de la segunda guerra mundial, pero que ha estado permanentemente presente en todas las guerras y en las teorías respectivas ya que la población civil provee la fuerza moral del grupo nacional asediado o de la fuerza social implicada. Cuando se afirma que la guerra es la continuación de la política por otros medios (Clausewitz) o a la inversa, que la política es la continuación de la guerra (Foucault) lo que se está señalando es que la guerra nunca es un hecho aislado de la estructura de poder, del conjunto nacional involucrado o de otros conjuntos más amplios o más restringidos. Pensando en la lucha armada de Argentina en los 70, la llamada “teoría” de los dos demonios resulta así absolutamente invalidada.

Las reflexiones analizadas en el libro que prologamos son en su mayoría producidas por oficiales de alto rango con experiencia en contrainsurgencia, o sea *guerras donde el problema de la asimetría es dominante*, y sin embargo, como ha sido el caso en casi todas las guerras de liberación (Argelia, Corea, Indochina, Vietnam, Sudáfrica) las perdieron los ejércitos estatales mejor pertrechados. La creencia, tan acendrada en las clases dominantes en el capitalismo, sobre la supuesta invencibilidad del ataque masivo con armamento de alta tecnología forma parte también del *fetichismo tecnológico* que ignora la potencia material de la fuerza moral. A esto se refiere el acápite que menciono al comienzo. Este es otro problema que abordan los autores de este libro, y que han comenzado a experimentarlo los pensadores militares que reflexionan sobre su pro-

---

<sup>8</sup> Mariano Bartolomé: *El desafío .....op. cit. en nota 2.*

<sup>9</sup> Según el texto de Bartolomé citado en la nota 2, a partir del fin de la guerra fría esta tendencia se hace hegemónica: el 93,5% de los 101 casos producidos entre 1989 y 1998 son guerras intraestatales, y se incrementa aún más hacia el fin de siglo XX aproximándose al 100%.

pia práctica. A mi modo de ver, que el problema de la *asimetría* les resulte un rasgo específico de la guerra contemporánea tiene que ver con una lectura poco rigurosa de las teorías clásicas, donde este problema siempre estuvo planteado. Para Clausewitz por ejemplo, sólo en muy pocos ejes la confrontación de dos ejércitos podía llegar a constituir una relación de *polaridad*, o sea de contradicción neta, donde ambas fuerzas quieren exactamente lo mismo *en el mismo momento y en el mismo espacio*, como es el caso de la voluntad de vencer al otro en un *encuentro*. Si esa voluntad asume tiempos y espacios diferentes hay asimetría, deja de ser una relación polar, y la desventaja de uno no constituye una ventaja para el otro. La posición de ataque o de defensa, por ejemplo, siempre es asimétrica y buena parte de la obra de Clausewitz está dirigida a mostrar la superioridad de la posición defensiva. Deduzco que *el “arte” y la “ciencia” de la guerra consistiría en crear permanentemente asimetrías*, de modo de transformar las ventajas del enemigo en desventajas, o a la inversa.

De allí que las reflexiones que los militares norteamericanos y sus epígonos argentinos hacen acerca de la simetría o equivalencia de los ejércitos enfrentados en sus distintas dimensiones, a la que llaman *cooperación* (usando un término que en nuestro idioma resulta confuso y tiene otros significados)<sup>10</sup> y que parecen atribuir a una situación que habría predominado en los ejércitos del pasado, no sea más que una representación ilusoria o aparente de ese pasado. No se trata de la *cantidad* de dimensiones asimétricas que haya entre los ejércitos estatales y los ejércitos insurgentes, sino del *carácter estratégico y cualitativo de las asimetrías*, que, desde otras cosmovisiones, deciden transformar en guerras prolongadas —en “estrategia sin tiempo”— lo que la conducción militar de las fuerzas estatales de los países capitalistas se esfuerza en suponer como de resolución rápida.

La mayoría de esos conflictos han estado recibiendo otros nombres genéricos, encubridores, tales como “guerras de baja intensidad” (GBI) porque el foco de la observación se detiene en las *bajas anuales*, de 1000 muertos o menos, que contabilizan la mayoría de las guerras contrainsurgentes, y en la discontinuidad de los combates. Así puede tardarse muchos años en saber el número de bajas de una guerra, porque la estrategia de la guerra sin tiempo es precisamente la eliminación de la *batalla decisiva*. De lo que se trata es de producir el *desgaste moral* del enemigo, condición necesaria para su retirada. Y la producción del desgaste exige conocer la cultura del otro, conocer lo que sostiene su fuerza moral. El mismo Napoleón decía, a partir de su propia experiencia, que en la guerra el peso de la fuerza moral es de 3 a 1 respecto de la fuerza material.

Nievas y Bonavena trabajan también el tema de la *difusividad* territorial de las guerras contemporáneas. Sólo con una mirada holística es posible entender *como actos de una misma guerra* localizada en un lugar específico donde intervienen fuerzas multinacionales, los ataques destructivos producidos a miles de kilómetros, en el territorio de los países participantes, en lugar de pensarlos como “acciones terroristas” irracionales. La necesidad actual de las conducciones políticas capitalistas de acumular adhesiones para sus guerras de apropiación de recursos, o como ocurrió en las décadas del 70 y del 80 para imponer un neoliberalismo de mercado en nuestros países, exige una enorme cantidad de acciones ilegales y “psicológicas” cuya meta central es desvalorizar al enemigo, transformándolo en alguien despreciable, en *terrorista*, en *fundamentalista*. Al despojarlo de su humanidad y de su legitimidad, como ocurrió en Argentina y en el Cono Sur con la construcción del delincuente subversivo, se crean espacios ilegítimos e ilegales “de excepción”, espacios del “todo vale” donde se justifica la tortura del prisionero.

---

<sup>10</sup> Interpreto que lo que llaman co-operación remite a algo así como “equilibrio operativo”.

nero y se lo priva de sus derechos más elementales. Esto que es escandalosamente visible hoy en la política exterior norteamericana, fue la constante de las guerras contrainsurgentes en América Latina, acciones que permanecieron largo tiempo encubiertas en todos aquellos casos donde la población aniquilada estaba constituida por las clases más subordinadas de nuestros países, particularmente por población indígena, negada y desvalorizada por sus propios connacionales criollos. Tal ocurrió con el genocidio en Guatemala, por ejemplo, que comenzó antes y terminó después que el genocidio argentino, y que es analizado en este libro por Luis García Fanlo, quien con rigor conceptual titula su capítulo “El laboratorio de contrainsurgencia”. La larga matanza de comunidades indígenas, políticamente sometidas por la población ladina, sobre las que se ensayaron todas las atrocidades, se frenó a partir de la intervención internacional, cuando se le otorga el premio Nóbel de la Paz a Rigoberta Menchú. Claro que podríamos preguntarnos con cierto cinismo si la inteligencia internacional no admitió en ese momento que la insurgencia en Guatemala ya estaba derrotada y era posible volver a los carriles del “orden social”.

En Argentina la situación fue diferente. Si bien el premio Nobel de la Paz a Pérez Esquivel también coincidió con el declive de la matanza en 1980, el tipo de población aniquilada en nuestro país era mucho más parecida socialmente a la de las clases dominantes, lo que le facilitó a sus familiares ser escuchados en los foros internacionales desde mucho tiempo antes. En ambos casos las fuerzas estatales nacionales tuvieron el asesoramiento y el apoyo de la inteligencia militar de los países imperialistas, en particular francesa y norteamericana, en el marco de la guerra fría, pero éstas tuvieron que discutir con sectores democráticos en sus propios países su política exterior, cosa que hoy, si ocurre, no tiene mucha visibilidad.

El lucro proveniente de las guerras —no solamente como “botín”— sino como objetivo político-económico principal de la invasión imperial ha producido otra diferenciación asimétrica respecto de los ejércitos insurgentes ó los de las naciones invadidas: la *privatización de la guerra*. La obtención de la ganancia o de la renta capitalista siempre fue tarea que se dejaba a las empresas que apoyaban y acompañaban la invasión, como en las guerras coloniales o por ampliación de mercados.<sup>11</sup> En las guerras contemporáneas del mundo desarrollado en cambio se produce una verdadera subsunción de la guerra por el capital: hay empresas militares privadas (CMP) para las tareas más diversas. Desde entrenamiento militar a planeamiento estratégico, asistencia técnica, transporte de armas o personas, interrogatorios, tareas de inteligencia, comunicaciones, informática y entrada en combate propiamente dicho. Muchas de estas compañías tienen y entrenan ejércitos propios. La noción de *mercenarios*, señala Flabián Nieves, resulta hoy inadecuada, porque refiere a individuos. Sería como un estadio artesanal de la “prestación de servicios”. Ahora se trata de empresas capitalistas contratadas por el Estado o subcontratadas por otras empresas mayores. La guerra sigue siendo una cuestión de Estado, una cuestión política, pero el *soldado-ciudadano* del Estado-nación ha

---

<sup>11</sup> Un ejemplo clásico citado por Marx es el de la destrucción de la industria del tejido y de los tejedores manuales indios en el primer tercio del siglo XIX, organizada por la Compañía de las Indias Orientales luego de la colonización de la India, mediante la exportación masiva de textiles manufacturados en Inglaterra que utilizaban materia prima hindú. E inmediatamente después la destrucción de la industria china mediante la primera guerra del opio, (1839-43) ganada por los ingleses. El opio era producido en la India y fue introducido por la fuerza en China luego de perder la guerra, quien no sólo debió ceder en esto sino en la apertura indiscriminada del comercio a los productos ingleses, y en la pérdida de Hong Kong. En ambos casos la guerra la hizo el ejército inglés, y los negocios las empresas, con apoyo estatal. Karl Marx: *El Capital*, tomo I, cap. XIII, pág. 558, México y Madrid, Siglo XXI Editores, 1975 y nota del editor n° 189.

desaparecido. La conducción de la guerra ha quedado limitada otra vez a las capas medias y medias altas del país imperial, que estudian en las academias de elite. Una gran parte de ella irá a las empresas, y una parte más pequeña hará además carrera política. La asimetría respecto de los ejércitos del país invadido, aparentemente más ineficientes, es la sustancial diferencia en su conocimiento del territorio, en su imprevisibilidad, en su fuerza moral. El soldado, el oficial o el ejecutivo de estas empresas en cambio no está dispuesto a morir sino a obtener buenos dividendos.

He dejado deliberadamente para el final mi referencia al capítulo sobre las guerras en África, de Mariana Maañón y Flabián Nievas, porque fue el que más me impresionó del libro, no tanto por lo que *dice* el texto, sino porque descubrí mi supina ignorancia sobre el tema, que sospecho es bastante generalizada entre mis colegas. Mis noticias anteriores sobre África son “históricas”. Una es de cuando estudiaba sociología, y leía los estudios antropológicos de Ralph Linton, que comparaba la evolución de la población de los diversos continentes durante el siglo XIX. África era el único continente donde el tamaño de la población disminuía —en proporciones gigantescas— mientras en el resto del mundo conocido se cumplían las leyes de población del capitalismo naciente: alta natalidad, baja mortalidad, crecimiento exponencial de la población. Los datos que incluía Marx en *El Capital*, y que yo leía para mis clases, completaban el panorama de terrible explotación minera —oro y diamantes— por parte de los países capitalistas y de misérrimas condiciones de vida de la población esclava y colonial. Y a mediados del siglo XX, pese a todos los esfuerzos de encubrimiento de la ciencia social imperial comienza a saberse con certeza que el origen del *homo sapiens* estaba ¡en el centro de África! Que de allí había partido hacia Eurasia y hacia Europa. Luego fui teniendo noticias “salpicadas” de ese continente: la guerra de Argelia, la OAS y sus lecciones contrarrevolucionarias en Argentina, el heroico Lumumba en el Congo, la guerra revolucionaria en Angola, de la que tuve noticias porque el Che y los cubanos estuvieron allí. Pero para mí todo ello ocurría en un gran territorio en el que había desiertos, selva virgen y... negros. Recuerdo que las veces que viajé por Europa me sorprendían los diarios europeos —especialmente franceses, pero también belgas, españoles e ingleses— por la sección con noticias de África. Seguían teniendo grandes intereses allí. Otro momento de acercamiento fue hace exactamente 10 años, cuando mis hijos decidieron hacer un viaje al exterior, a Sudáfrica, movidos por el triunfo de Mandela. A su regreso también me contaban de Lesotho, de Zimbawe... Ello me obligó nuevamente a mirar el mapa de África con cierto detenimiento, para ver de qué me hablaban. Y ahora, de pronto, un fin de semana íntegro atrapada por la lectura de ese capítulo sobre las guerras de África, junto a un gran Atlas mundial que tiene apenas una década; tratando de ubicar cada país en esos mapas, cada vez que se mencionaba la historia de uno de ellos, sus ciudades, sus ríos, sus lagos, sus riquezas. Me sentía igual que cuando estudiaba Europa en 2º año de la secundaria, tratando de ubicar las capitales, los ríos, las montañas en cada país. Y lo comparo con mi vieja Enciclopedia Sopena de la década del 50, donde el mapa de África es otro, con grandes territorios con nombres europeos. El mapa actual es como un espejo roto, donde cada colonia se ha subdividido en numerosos “países”, con límites de formas extrañas y nombres más extraños aún, donde el verdadero eje de las divisiones no es ni la etnia, ni la historia, ni las llamadas “luchas tribales”, sino el territorio de las grandes multinacionales y sus alianzas con las dirigencias locales, los mapas del oro, de los diamantes, del petróleo, de la bauxita, del coltan,<sup>12</sup> empresas

---

<sup>12</sup> El coltan, abreviatura de dos minerales, colombio y tantalio, es un mineral raro, junto con el niobio y el cobalto, que se encuentra en la llamada “hendidura de África” en el Congo, uno de los pocos suelos del planeta con más de tres mil millones de años de existencia, y que contiene el 80% de las reservas mundia-

que no sólo tienen sus propios dominios, sus ejércitos “privados”, y que no sólo luchan entre sí con las armas del mercado sino que incitan a las poblaciones más pobres e ignorantes a hacer la guerra entre sí, a matarse por centenares de miles, o a morir de Sida rápidamente, que inventan y difunden fábulas chamánicas sobre la magia negra que las comunidades vecinas usarían contra ellos, o sobre los castigos que Alá les impondría a quienes practican otras creencias. Y nosotros, occidentales cultos y progresistas nos creemos esas fábulas sobre las “guerras tribales” por ejemplo entre los tutsis y los hutus, que no son sino las clases sociales de esos países, los ricos propietarios y los trabajadores pobres de una misma nación dividida, y empujada hasta el paroxismo a matarse entre sí, mientras los viejos y los nuevos dueños europeos, norteamericanos y canadienses de las minas de coltan del Congo, de Rwanda y de Burundi –dos pequeños países de la zona de los grandes lagos Victoria y Tanganyika– hacen con ellos sus negocios de armas y de minerales. Los mismos negocios mineros que esas mismas empresas están intentando hacer en nuestra zona cordillerana, pese a la resistencia de las poblaciones locales y a la escasa conciencia del resto de nosotros. Me informo también en este capítulo que los “cascos azules” de Naciones Unidas cumplen en varios países el papel de gendarmes y de espías de los países del G8, particularmente de Estados Unidos, porque además deben ser tan etnocéntricos como nosotros, y ni siquiera hablan los idiomas locales. Descubro que existe una gran cantidad de movimientos de liberación en diversos países, que hay movimientos revolucionarios marxistas, que el ejército marroquí, por ejemplo, ha construido un muro de arena de ¡2500 km! para “defenderse” del movimiento revolucionario saharauí, en el Sahara occidental. Mientras nosotros, a pesar nuestro, sólo recordamos el “muro de Berlín”, tan destacado por la propaganda norteamericana porque terminó siendo el símbolo de la derrota del socialismo, y casi no advertimos cuántos otros muros se están construyendo en el mundo para “defender” al capitalismo de las masas insurgentes, pobres y desarrapadas.

Bienvenido este libro, bienvenido a nuestras aulas y a nuestras cabezas, con sus innumerables reflexiones emergentes de la práctica de la guerra, donde generales y coroneles encuentran que todo el potencial de sus países no les sirve para aplastar a un enemigo aparentemente más débil, escurridizo, difuso, sin apuro, cuyo eje en la confrontación es la sorpresa y que está dispuesto a vender cara su vida. Timothy Reese, uno de los analistas consultados resume con agudeza estas diferencias en el título de su trabajo: “*Potencia de fuego de precisión: bombas inteligentes, estrategia ignorante*”.<sup>13</sup>

---

les. Se utiliza en productos de alta tecnología: celulares, artefactos espaciales y armas sofisticadas. En esa zona compiten empresas norteamericanas, canadienses, alemanas, chinas, entre las más importantes, cada una con sus propios ejércitos privados. Desde 1996, en la guerra por el dominio de estos minerales tan sólo en la República Democrática del Congo se han aniquilado entre 6 y 7 millones de seres humanos, ante la pasividad y la ignorancia, o la indiferencia, internacional. Ver Argenpress Info, enero 2007 *Las compañías ‘high-tech’ financian el genocidio en el Congo*, por Keith Harnom Snow-Sprocket, David Barouski y Phil Taylor, publicado originalmente el 23-09-2006.

<sup>13</sup> *Military Review*, enero-febrero de 2004.